

Del 1 al 43... Justicia

José Huerta Coronel*
Ciudad de México, 2015
josejhcoronel@gmail.com

Hace poco más de ocho años que México vive sumergido en un estado de violencia. La guerra contra el narcotráfico anunciada por el ex presidente Calderón ha cobrado la vida de miles de personas. Pareciera que, poco a poco, nos hemos acostumbrado –si es que ello es posible– a vivir con la violencia a un lado de nosotros. Hay quienes las viven más de cerca, aquellos que cotidianamente tienen que frenar sus actividades porque hay balaceras en toda la ciudad, espacios donde perder la vida es un miedo latente. Hay quienes somos un poco más afortunados y nos enteramos de este tipo de cosas a través de las noticias y redes sociales, las desapariciones forzadas, los cuerpos encontrados, la censura a periodistas son temas que han dejado de ser ajenos para nosotros.

El 26 de septiembre pasado el país se paralizó, 43 estudiantes de la normal de Ayotzinapa habían desaparecido y las hipótesis sobre su localización no se hicieron esperar. Con el pasar de las horas y los días, el número 43 adquirió el rostro de un pueblo indignado, harto de vivir en la violencia y el miedo, de un México que no podía continuar indiferente ante lo que a otros les sucede de manera cotidiana.

El tema se discutía en charlas de café, en foros académicos y no académicos, en espacios que siempre se habían mantenido al margen se hacían llamados al esclarecimiento de los hechos. Se hacía un llamado a recuperar la paz perdida.

Sin duda, el sector estudiantil era el más afectado, no importaba si asistías a una universidad pública o privada, ante la desaparición de los 43 normalistas regresó en los estudiantes el miedo de ser criminalizado, un escalofrío y hueco en el estómago, un vacío sin justicia. Era momento de solidarizarse y hacer algo y el #YoSoy132 había dejado buenas lecciones años atrás.

Se organizaron protestas simbólicas, clases públicas, brigadas informativas en transporte público y mercados populares. Se imprimieron volantes informativos, se hicieron pancartas y videos para llegar a más personas. En conciertos se contaba del 1 al 43 y se clamaba justicia. Se hacían cadenas humanas con veladoras demandando el regreso de los estudiantes. Lo ocurrido en Iguala cimbró en los corazones de muchos estudiantes, maestros y padres de familia y un inminente despertar estaba cerca. Ya no se trataba más de personas ajenas, eran estudiantes como nuestros hijos, vecinos, primos y hermanos. Estudiantes con sueños y aspiraciones de un México mejor, un país donde no queremos más que ser estudiante sea sinónimo de estar en peligro.

Los días previos a las marchas eran confusos, rumores de posibles represiones hicieron que muchos que en primera instancia querían participar dejaran de lado sus intenciones. En las primeras movilizaciones se realizaron detenciones, mismas que no fueron suficientes para frenar a miles en su camino por clamar justicia.



Las marchas estaban llenas de energía, conforme transcurrían, el miedo desaparecía y se transformaba en miradas cómplices que compartían la indignación. Sonreían por ser testigos del despertar ciudadano, por levantar la voz y decir nuevamente ¡Ya basta!, las calles cobraban vida y tenían voz. Las avenidas de la Ciudad más grande del mundo gritaban justicia. De pronto todos eran los 43 estudiantes. En las escuelas públicas y privadas sentían en mismo dolor y el mismo temor. Se invitaba a la gente a la protesta, en las aulas los profesores reflexionaban con los estudiantes sobre los hechos. En las diferentes instituciones de educación superior se escribían pronunciamientos para pedir justicia y se invitaba a velar por la libertad de protestar.

Las redes sociales nuevamente jugaron un papel crucial en la organización de las protestas, por Facebook y twitter se anunciaban las rutas de los contingentes, las consignas que acompañarían el caminar por más de cuatro horas a las miles de personas que clamaban justicia. Cuando los contingentes arribaban al Zócalo de la Ciudad, el temor se colaba paso a paso estremeciendo las voces y estremecía las voces. Los pasos al caer la noche eran sigilosos, el silencio era más imponente que escuchar gritar a todos al unísono. Las estaciones del metro eran resguardadas por policías, en redes sociales se virilizaban imágenes que sólo confundían, gente corría junto a los contingentes, no se lograba ver nada. Poco a poco se invitaba a no abandonar los contingentes ante el latente riesgo de una detención.

Con el pasar de los días y las marchas, el temor crecía. Periodistas detenidos, todos conocían a alguien que subía fotos a sus redes sociales mostrando las huellas del enfrentamientos con granaderos al ser desalojados, estudiantes agredidos, otros

más detenidos ante la imputación de cargos inverosímiles.

Poco a poco el miedo fue ganando terreno, hizo que muchos estudiantes ya no salieran de sus casas. Las comisiones de seguridad invitaban a través de Facebook y twitter e incluso en las asambleas, a cargar consigo credenciales que los acreditaran como estudiantes. Todos sabían qué hacer en caso de una detención, muchos marchaban con la constitución en mano aun cuando no existiera certeza de que sus derechos fueran a ser respetados. Nadie tenía que caminar solo por las calles, todos tenían que avisar en todo momento su localización. En sus brazos marcaban con plumón permanente color negro los teléfonos de emergencia, los números de sus contactos más cercanos de sus padres y hermanos. En el otro brazo teléfonos de profesores y amigos. Al concluir las marchas, era momento de verificar a través de las redes sociales si todos estaban a salvo, era momento de emprender el regreso a casa teniendo como compañero al miedo pero con la satisfacción de haber hecho algo para que las cosas cambiaran.

Han pasado ya seis meses desde aquel 26 de septiembre que cambió nuevamente al país, seis meses de interrogantes sin respuestas, de que el mundo entero volcó su mirada ante los hechos, seis meses donde se organizaron protestas en las principales ciudades del globo. Seis meses con pocos avances se han presentado respecto al caso de los normalistas de Ayotzinapa, donde se siguen exponiendo sillas vacías con los rostros de los normalistas. Esta lucha continua, y seguirá haciéndolo mientras el miedo no se apodere de todos los que estamos involucrados de una u otra forma. Informando, marchando, manifestando nuestra inconformidad, clamando por justicia. Pues el día que sintamos que el miedo se



apodera de nosotros y nos paraliza, ese día habremos perdido la batalla.

1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 28, 29, 30, 31, 32, 33, 34, 35, 36, 37, 38, 39, 40, 41, 42, 43... JUSTICIA

Notas

* José Huerta Coronel es estudiante avanzado de la Licenciatura en Ciencias de la Comunicación de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM (México).

